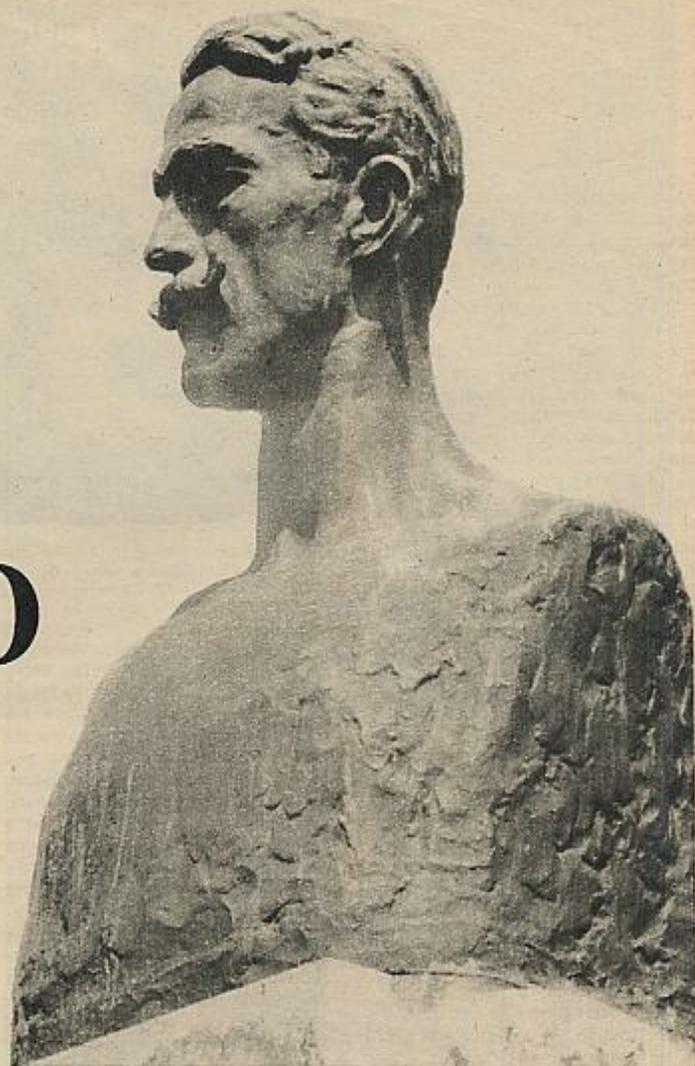


1861-1925

RECUERDO URGENTE DE RICARDO MELLA



HACE justamente medio siglo falleció en Vigo (7-VIII-1925), su ciudad natal, Ricardo Mella y Cea (nacido en 1861). Un día después se producía, con motivo de su enterramiento, la más insólita de las manifestaciones populares —estaba en el Poder Primo de Rivera—, algo que jamás se presenciara en la capital viguesa:

Todo un pueblo, el pueblo vario y polijerárquico, seguía al féretro —esquife del tétrico barquero—, que llevaba a los mudos playales del más allá el cuerpo lo que había de arcilla en aquel hombre admirable, amasado en la rebeldía y en la probidad, que se llamó Ricardo Mella, y del que aún conservamos, en los dedos que atena-

Del federalismo a la anarquía

Ricardo Mella nace en el seno de una modesta familia de artesanos. Su padre, sombrerero de oficio militaba en filas republicano-federales. Educó a su hijo en el respeto a las propias ideas y en la devoción por su máximo difusor: don Francisco Pi y Margall. Ricardo cursó sus estudios primarios entre el fervor y el ocaso del republicanismo histórico, cuando los cantares de la Gloriosa y las ilusiones de la I República se iban apagando. Mantuvo su fe, sin embargo, durante los años juveniles. Militó también como federal desde las páginas anticaciquistas de *La Verdad*. Sufre, co-

(nace aquí su amistad con Serrano Oteiza, que rematará en relación familiar al formalizarse las relaciones con Esperanza, su compañera de toda la vida, hija del célebre director de la citada revista). Por otra parte, Ricardo —modestísimo empleado de una agencia marítima hasta aquí— estudia en Madrid topografía, ayudado, sin duda, por la familia Serrano. Una oposición le permite cumplir la ilusión de entonces: vivir en Andalucía palpar la experiencia del anarquismo andaluz, que tanto le había impresionado.

un periodo de veinticinco años.

Cuando en 1895, en plena madurez, regresa a Vigo, Ricardo es un propagandista extraordinariamente conocido y respetado en el mundo anarquista y obrerista de la época. Sin embargo, el color del movimiento obrero en su ciudad natal ha variado no poco: los socialistas dominan ampliamente. Mella aparece aislado. Colabora asiduamente en la prensa federal y en todo tipo de publicaciones anarco-colectivistas. Los sucesos de Montjuich y sus consecuencias darán ocasión a que los escritos de Ricardo Mella se difundan ampliamente por toda España, por La Coruña, Madrid y Barcelona, especialmente: en Madrid, por cierto, junto con los futuros fundadores de *La Revista Blanca*, colabora en *El Progreso*, diario del primer Lerroix, denunciador de los acontecimientos. Después, como consecuencia del giro «weylerista» del famoso agitador republicano, una vez fundada *La Revista*, su nombre aparece reiteradamente en sus páginas y en sus ediciones. En Barcelona, por otra parte, la penetración de Mella parece tener relación con su amistad fraterna desde entonces, con José Prat, «escapado» de las persecuciones, que vivió en su casa, compañero en la denuncia de *La Barbarie Gubernamental en España*. Juntos, pocos años después, realizarán la notable experiencia periodística de *Natura*, en Barcelona.

J. A. Durán

zan esta pluma, el calor de la ríjano leal... Eso era Mella, la lealtad.

Era el comentario de Ramón Fernández Mato, director de *El Pueblo Gallego*, diario «portelista» de la ciudad. La prensa —tanto los tres diarios como el semanario socialista— dio amplia reseña del acontecimiento, apuntándose, unánime, a cumplir con Mella el compromiso de una «deuda cívica». Y por una vez, aquella unanimidad del elogio y de la tristeza parecía honda y general (bien lo indican las planas y el testimonio gráfico de los periódicos). Casi, bien mirado, tenía todo otro sentido: honrar así, en «la más recia pluma del anarquismo español», la libertad perdida, el nombre y la ilusión que Mella había cultivado más intensamente.

¿Quién era, en realidad, aquel difunto? ¿Qué podía deber al ciudadano su propia gente?

mo Indalecio Armesto y Fernández de Lema, los primeros zarpaños caciquiles de la Restauración: el destierro. La forzosa emigración resultó traumática: en Madrid trabó contacto con las luchas obreras, y al regresar a Vigo, animó, junto con otros jóvenes federales, *La Propaganda*, primera experiencia importante del obrerismo vigués. Paralelamente se va mostrando más y más escéptico en punto a que las reformas de gobierno sean sustanciales para la vida de los pueblos. *La Revista Social* le encamina hacia la puesta en cuestión de todo el apartado estatal y del Poder. En 1882, cuando se celebra en Sevilla el II Congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Española, Mella —que hace de secretario del mismo— lleva la representación del anarquismo de su ciudad. Pese a su juventud —tiene entonces veintiún años—, llama poderosamente la atención

Andalucía

Quien ha de ser el más brillante teórico del anarquismo español vivió en tierras andaluzas años decisivos quizá los más decididamente militantes. Fundó periódicos (*La Solidaridad*, *La Alarma*), vivió de cerca y como propagandista la experiencia societaria, mereciendo en aquel contexto la admiración y el respeto que se trasluce en las prosas de la época o en el famoso libro de Díaz del Moral. Pero tal admiración es recíproca: abandona él, definitivamente, la «morriña» galaica, que aún le asaltaba en Madrid; canta la rebeldía, formidable, de los andaluces rebeldes. Allí también comienza a cargarse de hijos su familia: Esperanza habría de criar a una docena en

Mella, si bien aislado en su propia ciudad, realiza una potente labor de propaganda. En Vigo edita *La Ley del Número*, crítica inteligente del formalismo democrático, en tanto anima las páginas de *El Corsario*, el más famoso portavoz de los anarquistas coruñeses. En 1900, cuando está a punto de partir para Asturias, son ácratas de La Coruña los que proponen su candidatura para que represente al anarquismo español en el frustrado Congreso Anarquista Internacional...

Asturias

Siguiendo los azares de su vida profesional, Mella ha de marchar a Asturias en los años iniciales del presente siglo. Juega allí un papel destacado: su marca queda en la hechura de los más lúcidos representantes del anarquismo asturiano, en Pedro Sierra, su primer biógrafo, y en Eleuterio Quintanilla, sobre todo. Junto con ellos anima o dirige varias experiencias periodísticas que cuentan entre lo más destacable —al menos desde el punto de vista teórico— de la prensa anarquista. Crítico constante de la política del atentado descontento con el rumbo que toma el sindicalismo revolucionario, Mella ensaya en Asturias su primer período de silencio (1907-1909). Los acontecimientos de la Semana Trágica le devuelven a la propaganda, iniciándose un periodismo febril, crítico y elegante: sus prosas para *Acción Libertaria* y *El Libertario* contiene lo mejor del pensamiento de Mella.

En 1910, casi cincuentón, regresa a Vigo, ciudad en la que residirá hasta su muerte. Sus paisanos comienzan a reconocer en él no sólo al propagandista, también al profesional competente. Trabaja junto a Ramiro Pascual en el plano de la ciudad, proyecto siempre inacabado. Martín de Echegaray le embarca en una experiencia, honradamente popular, que será su vida a partir de aquí: la red viaria de los tranvías eléctricos. Cuando el proyecto se ultima, Ricardo Mella no puede esquivar el puesto de Director Gerente de la importante compañía. Desde entonces hasta una semana escasa antes de su óbito vive, con notable intensidad, la vida de la empresa. El antiguo propagandista societario se ha convertido en un notable local. Su formidable modestia, ahora como antaño, contribuye a oscurecerle. En el año 1922, cuando lo visita Abad de Santillán, se confiesa acabado para la lucha, distante de la experiencia sindicalista de un Seguí o de un Pestaña. El retrato parece justificado:

Era un hombre de talla más bien baja, delgado, nada llamativo en su aspecto exterior: de apariencia sencilla, modesta y tímida. El que lo viese recorrer las calles de Vigo desde su oficina en la

Compañía de Tranvías hasta su casa, no habría sospechado que se trataba de uno de los, sin disputa, mejores escritores libertarios de España y de los países de habla castellana, de uno de los pensadores más sutiles y proféticos, de un educador y ensayista de excepción, dueño de un estilo literario perfecto, molde de un pensamiento muy elaborado y de una sensibilidad muy fina.

La obra de Mella

Esto era, ciertamente. En sus escritos se encierra la más brillante aportación española a las

teorías revolucionarias en el período de la Restauración. Mella escribió, aparte de un número indeterminado de artículos, más de treinta ensayos de muy variable interés. La mayoría alcanzaron varias ediciones sucesivas. Se le pudo leer en castellano, en italiano, en holandés, en portugués y en francés, por lo que sabemos. Hay ediciones de sus escritos fechadas en Brooklyn, en Amsterdam, en Orleans, en Prato, en Oporto, en Buenos Aires, en Montevideo, así como en los más variados puntos de la geografía española. Alguna de sus polémicas —caso de la sostenida con Lombroso— dio la vuelta al mundo.

Por otra parte, su curiosidad intelectual no conoce fronteras: escribió acerca del amor y de las pasiones, son audaces sus opiniones acerca de la cuestión de la enseñanza, contribuyó a la difusión y clarificación de la teoría, la práctica y la utopía anarquistas (a ésta regaló, incluso, una «novela imaginaria»), tradujo a Bakunin, a Kropotkin, a Malatesta..., criticando sus puntos de vista. Fue, en suma, *rara avis* en el horizonte del país y en el contexto de las teorías y del análisis sociológico de su tiempo.

Pero su esfuerzo intelectual, que lo hace aún hoy clásico, vivo, actual en cierto modo, se concentra en el esfuerzo por no someterse a ninguna imposición, por luchar contra todas las corrientes y coyunturalismos que hacía —según su concepto— naufragar la Idea, la libertad, donde se concentraban todas sus ilusiones y afanes de una vida de lucha. Se advierte, por otra parte, en su disciplina intelectual que lo llevó a disciplinar el lenguaje. Por esto mismo sus escritos son, la mayoría de las veces, literariamente correctos, resbalando el tiempo sobre ellos muchas veces. Esta discreta elegancia le valió el rótulo de *elitista*, siendo así que su lucha por ennoblecer el lenguaje y la cultura de las clases trabajadoras cuenta, en nuestro concepto, entre lo más revulsivo de su aportación: revela su creencia en que la gente, por llana que sea, aparece siempre dispuesta a saborear la realidad en toda su complejidad, que nada hay menos revolucionario que la simplificación y la consigna, buen instrumento en manos de intermediarios...

La placidez intelectual de Mella va paralela de su ejemplaridad, francamente burguesa. Rendía culto a la vida de familia, fue laborioso y competente. Todas las virtudes de la sociedad que buscaba demoler las atesoraba en sí propio. (Se ha señalado, como cosa paradójica, en cierto modo, que los dos hombres públicamente ejemplares del Vigo de comienzos del siglo tuvieran ideas enfrentadas entre sí, pero participasen de un izquierdismo radical: Mella, anarquista, con toda una vida de militancia; Domingo Herraclio Botana, la máxima figura del socialismo gallego durante decenios.) Por todo ello, por esa compleja gama de integrantes que se daba en la figura desaparecida, la gente de Vigo se movilizó espontáneamente aquella mañana agosteña de 1925, paró la circulación de sus tranvías una tarde entera, hubo emoción cierta y, por una vez, fue justo y cierto aquello que las reseñas necrológicas habituales dicen: se palpaba el duelo y la tristeza en gentes de las más diversas ideas, en hombres de la más diversa clase y condición. ■ J. A. D.



Ricardo Mella fue enterrado, entre una multitud, en el cementerio civil de Peiró, Vigo. Por suscripción popular se construyó este modesto mausoleo que remata su busto. Ricardo y Esperanza son sus únicos ocupantes.